Por una promesa

M. Autrán

POR UNA PROMESA

M. Autrán

Avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2025
© M. Autrán, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87805-35-7
THEMA: FBA - FR
DEPÓSITO LEGAL: M-20531-2025

Desde lo más profundo de mi corazón, quiero agradecer a mi familia por el apoyo incondicional que siempre me han brindado en todos los aspectos de mi vida. Pero, sobre todo, quiero dedicar un agradecimiento muy especial a dos pilares fundamentales: mi esposo y mi hijo. Juntos formamos nuestra familia perfecta, y sin ellos, todo lo demás perdería sentido.

También quiero agradecer —aunque suene curioso— a todas aquellas personas que, desde que nací, me dijeron que no lo lograría. Sus palabras, lejos de detenerme, se convirtieron en una fuente de motivación. Fueron, sin saberlo, un motor silencioso de mi resiliencia. Gracias por empujarme, sin quererlo, a demostrar que sí puedo. Que sí lo voy a lograr.

He aprendido que en la vida todo se resume en una fuerza poderosa: la mente. Si lo sueñas, si realmente puedes visualizarlo, no te rindas. Lucha. Y si caes —porque caerás—, levántate, sacúdete el polvo y sigue adelante. Esa ha sido siempre mi manera de vivir… y de escribir.

PRÓLOGO

Mi primer recuerdo está grabado a fuego en mi memoria: veo a mi padre subiendo una nevera a cuestas por las escaleras de nuestra casa, mientras una niña de no más de tres años lo sigue con paso torpe, sujetando con ambas manos el cable que arrastraba detrás. Esa niña era yo.

Desde el primer día de mi vida, mis padres me cuidaron con una entrega admirable, a pesar de que les advirtieron que no saldría adelante. Según cuenta mi madre, en aquellos tiempos mi padre apenas ganaba lo suficiente para comprar mi comida especial y, por supuesto, para pagar a plazos aquella nevera que tanto esfuerzo costó.

Mi madre siempre me dijo que éramos pobres. Sin embargo, yo nunca lo sentí así. Para mí, ser pobre es no tener nada… y yo siempre lo tuve todo: un plato de comida caliente, ropa limpia, una cama donde soñar, y lo más importante, una familia enorme y amorosa que no ha dejado de crecer desde que tengo memoria.

Nací, crecí y aún vivo en mi querida aldea de ensueño donde el tiempo parece detenerse, donde cada rincón guarda historias y cada paisaje tiene alma.

Mi madre ha sido, desde siempre, una mujer con una salud frágil. En mi adolescencia, atravesamos una de las etapas más duras de nuestras vidas: ella cayó en coma. Durante ese tiempo, las telenovelas —casi todas venidas del otro lado del océano— se convirtieron en mi puente emocional hacia ella. Fueron su

consuelo y, curiosamente, una herramienta terapéutica para reconstruir un vínculo con la mujer que volvió a la vida gracias a una fuerza que solo las madres poseen.

Con los años, ella dejó de verlas. El encanto se había desvanecido; todas le parecían iguales, previsibles e interminables. Fue entonces cuando decidí escribir una novela solo para ella, una historia que se ajustara a lo que ella realmente desea ver, sentir y vivir.

Este libro nació con ese propósito: devolverle la magia que una vez encontró en la ficción. Pero también tiene un segundo motivo: quiero que quien lo lea sepa que cada escena, cada lugar descrito, existe. Son espacios reales, palpables, llenos de historia. Y con ello, deseo despertar en ti, lector o lectora, una curiosidad genuina por venir a descubrir esta aldea mágica que me vio crecer.

CAPÍTULO 1

Seúl, Julio 2022

El imponente Rolls-Royce Phantom se detiene frente al majestuoso Lotte World Tower, el rascacielos más alto de Seúl. Este edificio, es una obra maestra de la ingeniería moderna, igual de imponente que el hombre que acaba de salir del coche.

En la entrada principal, perfectamente alineados y vestidos con trajes impecables, un grupo de ejecutivos espera con reverencia. El día es soleado, y la brisa suave alivia el típico calor de mayo. El silencio es casi absoluto, roto solo por el murmullo lejano de la ciudad.

La puerta del coche se abre y Kin baja con la precisión de quien controla hasta el mínimo detalle. Viste un traje negro tres piezas hecho a medida, diseñado para realzar cada línea de su figura atlética. Su presencia irradia autoridad. Su postura erguida, su caminar firme, y su expresión impenetrable crean una combinación que deja a todos sin aliento. Aunque no muestra emoción alguna, quienes lo conocen saben que bajo esa fachada hay una mente siempre en control.

Por un instante, se detiene a los pies del rascacielos, levantando la vista con calma hacia la cúspide. Aquella mole de acero y cristal, símbolo de su imperio, parece extenderse hasta el infinito. Inhala una gran cantidad de aire con un olor metalizado cargado de un polvo lleno de contaminación que lo hace volver

a la realidad. Comienza a andar con paso firme y decidido hacia el ascensor, ignorando las miradas de admiración y respeto que lo siguen.

En el elevador, mientras sube hacia su oficina en el piso superior, su secretaria, le informa de todos los detalles de la reunión. Es una mujer de presencia impecable, con un traje negro que armoniza con el estilo de su jefe. Su voz es un susurro suave, cuidadosamente modulada para evitar cualquier incomodidad. Aprendió a comunicarse con él con precisión y delicadeza, consciente de que Kin no tolera distracciones ni ruidos innecesarios. A su lado, Jun, su mano derecha y amigo desde que llegó a la multinacional, parece una figura más relajada, aunque comparte el mismo nivel de disciplina.

Es un poco mayor pero su apariencia juvenil y su sentido de humor contrastan con la severidad de Kin, pero no restan seriedad a su papel dentro de la empresa.

—¿Qué tal anoche con Eun? —pregunta con una sonrisa juguetona, intentando romper la atmósfera tensa.

El silencio que sigue es casi ensordecedor. Kin lo mira de reojo, con una expresión de advertencia que dice: «¡Cállate!». Jun, lejos de amilanarse, hace un gesto cómico llevándose un dedo a los labios, como si estuviera siendo censurado. Aunque conoce bien a su amigo, no puede evitar provocar su paciencia.

El ascensor se detiene y las puertas se abren hacia la sala de reuniones. En su interior, los directores de las distintas áreas de Moko Technology, una empresa dedicada durante décadas a los avances tecnológicos y la cual está inmersa en una auténtica guerra con sus competidores, están de pie, esperando como soldados listos para recibir órdenes. Cada detalle en la sala está

meticulosamente calculado, desde la disposición de los documentos hasta el aroma discreto que llena el espacio.

Kin avanza hacia su lugar, un asiento de cuero negro ubicado frente a un ventanal que ofrece una vista panorámica de la ciudad. Se sienta con calma, sin emitir palabra, dejando que el peso de su presencia llene la sala. Es un hombre que habla más con su silencio que con sus palabras, su mirada calculadora deja claro que no tolera errores. Desde el infarto de su padre, Kin cambia profundamente. Su carácter, jovial, se endurece bajo la presión de dirigir una de las multinacionales más importantes de Asia. Antes era mucho más alegre, afable... pero ahora el peso de la empresa lo transformó en una persona fría y distante, incapaz de conectar con nadie, especialmente en el terreno emocional. Las relaciones amorosas dejaron de tener sentido para él, y las presiones familiares sobre darle un heredero solo empeoran las cosas. No es usual en este tipo de multinacionales que los hijos tomen tan rápido las riendas de la empresa, pero el padre de Kin así lo dispuso ya que nunca más su salud volvió a ser la misma. Desde ese percance decide levantar el pie del acelerador y disfrutar de la vida con su mujer viajando por todo el mundo, por lo que, a su hijo no le quedó más remedio que aprender también a las bravas de que la vida no solo es estudiar y pasarlo bien. Kin apenas muestra signos de envejecimiento, las canas que comienzan a aparecer en sus sienes son testigos silenciosos de la carga que lleva consigo.

Jun, sentado a su derecha, observa a su amigo con cierta preocupación mezclada con admiración. Recuerda la promesa que le hizo al padre de Kin: encontrarle una compañera que pueda suavizar su carácter y devolverle algo de la humanidad que ha perdido. Pero a este paso, parece más difícil cumplir esa misión.

Kin Won es un hombre que vive para el trabajo, dejando poco espacio para los sentimientos.

Galicia, España.

A kilómetros de distancia, Pepa, una mujer de 42 años, está sumida en sus tareas diarias en su pequeña casa rural. Es una mujer fuerte, tanto física como mentalmente, con un carácter que siempre la ha hecho destacar. Aunque su cuerpo no tiene el tipo ideal, su energía y alegría son contagiosas. Pepa sabe que no es lo que muchos hombres buscan físicamente, pero eso nunca ha sido un problema para ella. «Las curvys también desfilan», suele decir con una sonrisa. Su vida va a cien por hora en su día a día ya que regenta una pequeña casita rural en su aldea natal de Galicia. Un proyecto que ha restaurado con sus propias manos con mucho mimo cuidando cada detalle de su interior para mantener esa esencia rústica y acogedora, es una apasionada de las antigüedades y las manualidades, siempre tiene nuevos proyectos en mente para dinamizar la aldea como organizar talleres de lo más variopintos. Su hermana suele asistir, aunque sea a regañadientes a todos, el más solicitado es el de centros de Navidad que lo hace siempre con sus amigas más allegadas, esos centros presiden todas las mesas de la casita en esas fechas e incluso un año consiguieron hacer una puja para sacar algo de dinero y ayudar a un vecino que estaba pasando por un mal momento económico. En los últimos meses, su vida se ha vuelto un torbellino de actividad debido a un festival campestre que se celebrará dentro de un mes y medio en su aldea con música tradicional, actividades ligadas a la convivencia y relax, cosa que a nuestra

querida amiga le causa de todo menos relax. Tiene que ella sola ocuparse de toda la limpieza de la casa, pedidos para llenar las neveras, plantar las plantas de temporada en el jardín, quiere que todos los detalles estén perfectos para esos días ya que nuestra protagonista puso su pequeño negocio a disposición de estos amigos para hospedar a los grupos que actuarán en esas dos jornadas, teniendo que proporcionarle no sólo alojamiento sino también cenas y desayunos, a cambio ellos le harán publicidad gratuita en redes.

Ella lo hace todo en su pequeño negocio: carpintería, albañilería, jardinería… vamos unas manitas en toda regla, «aprendiz de mucho, maestra de nada». Pero siempre suele ser así en este tipo de negocio, donde los gastos siempre suelen ser mayores que los ingresos. Aun así, ella no se da por vencida, ya que juró a su abuela que restauraría la casa de sus ancestros y la convertiría en una lujosa posada como al parecer fue antaño. Su casita está justo en el centro de la aldea, desde allí puede verse perfectamente la era del pueblo, donde antiguamente se hacían las mallas de trigo, y que será donde la organización ponga el escenario para actuar los grupos, cosa que será beneficiosa para su negocio ya que podrá estar en primera fila de concierto, pero trabajando. Su *hobby* es la huerta, en ella se pasa las horas muertas que sus obligaciones le dejan, no es muy habilidosa con las hortalizas, es más, ella cree que están todas confabuladas en su contra, se desespera plantando repollos, coliflores, lechugas todo con la intención de hacer que la economía doméstica le salga más a precio, pero la terrible realidad es que cuando no son los gusanos son los caracoles y sino las ovejas del vecino las que se las comen. Pero, aun así, no se da por vencida y una y otra vez lo vuelve a intentar, hasta el punto de que compra libros de ayuda sobre

agricultura ecológica, sistemas de cierres, pesticidas naturales… pero nada, todo parece que en esta huerta va al revés.

Esta mañana cuenta con la ayuda de su hermana Lola, un poco más joven que ella, pero no tan activa como nuestra protagonista; ella le echa una mano en ocasiones especiales como lo es esta vez y siempre que su trabajo se lo permita ya que es Guardia Civil. Ellas aprendieron a las bravas lo que es la vida pues por un accidente de coche sus padres murieron cuando eran unas adolescentes, siendo la propia Pepa quien cuidó siempre de su hermana sin ayuda de nadie de la familia, sus padres eran hijos únicos y sus abuelos por desgracia también murieron jóvenes. Vamos, que fue madre y padre de su hermana con dieciocho años, por ello estuvieron siempre muy unidas. Ninguna de las dos tuvo suerte en el amor ya que en el caso de Pepa su carácter suele ser siempre su gran hándicap, su sinceridad no siempre está bien aceptada por el sexo masculino y con su forma de ver la vida de mujer fuerte y dura de pelar no consigue tener una relación duradera y estable. Lola siempre dice: «aún no llegó el hombre que haga doblegar a mí hermana Pepa y si lo hay que Dios lo coja confesado porque le tocará la lotería con ella».

Pepa nunca se enamoró de ninguno de sus «follamigos» como ella los llama, desde que estuvo cinco años con el tontolaba del vecino del pueblo de al lado y la dejó el día de su cumpleaños por la estirada de su mejor amiga. Desde esa no volvió a enamorarse jamás y ese mismo día se juró que nunca se colaría de otro hombre y si lo hace tendrá que ser extraterrestre. Su hermana Lola, siempre con su característico sentido del humor, aparece por la puerta con una mezcla de gallego y mexicano, una costumbre que ha adquirido viendo telenovelas, y grita:

—¡¿Dónde estás, wey?!

Pepa no puede evitar sonreír. Aunque Lola no siempre está disponible para ayudarle, sabe que siempre puede contar con ella cuando realmente la necesita.

—¡Órale, aquí en la cocina hermana! —responde Pepa siguiendo la broma.

Cuando Lola llega a su lado, tiene el pelo revuelto, dándole un aire salvaje. Viste de manera peculiar para limpiar la casa: una camiseta que parece haber sido tomada de la pila de ropa vieja, desgastada y con una mancha de algún producto de limpieza. Los pantalones cortos y holgados tienen un toque *vintage*, lleva unas zapatillas cómodas, algo gastadas y con agujeros pero que parecen ser sus favoritas. Pepa, a primera vista, no es una chica que te llame la atención de inmediato, pero si te tomas tu tiempo para mirarla con detenimiento, descubres algo fascinante. En sus ojos hay una chispa cálida, su sonrisa te atrapa de forma natural. Algo en su porte y en su manera de moverse por la casa refleja una comodidad consigo misma que es muy atractiva. No es la perfección convencional que uno podría esperar, pero tiene ese tipo de encanto que se va desvelando lentamente. Al mirarla toda acalorada Lola le dice:

—¿Qué te pasó en ese pelo, wey? ¡Pero si parece que metiste los dedos en un enchufe!

Entre risas y bromas, ambas hermanas se ponen a trabajar preparando todo para el festival y aunque falta casi un mes nuestras protagonistas están inmersas en los preparativos sin cesar, Lola le recuerda que tiene que acordarse de llamar al técnico del ADSL pues ya sabe que la cobertura en esta aldea es pésima.

Tanto que tienen un sitio estratégico para cogerla, este es un pequeño y precioso mirador al lado de la carretera donde hay un gran árbol muy antiguo y a su sombra un banco desde donde las

vistas y la señal de cobertura son perfectas, en ningún otro sitio de la aldea te puedes conectar, nuestra protagonista lo llama «el banco de los enamorados», ya que cuando los peregrinos pasan por ahí suelen sentarse a mirar el móvil sin saber que en realidad es el único sitio con cobertura. Pepa también se sienta a menudo cuando quiere hablar por el celular con alguien, pues con solo las vistas ya tiene garantizado un subidón de endorfinas.

Mientras tanto, en Seúl, Kin recibe una llamada muy preocupante y urgente. Su abuelo, quien vive en la isla de Jeju, está gravemente enfermo, y aunque Kin no suele mostrar emociones, siente una punzada en el pecho al escuchar la noticia. Decide ir a visitarlo, sabiendo que, si la muerte lo alcanza, jamás se perdonaría no haberle dicho adiós. Jun se quedará a las órdenes del fuerte mientras nuestro protagonista tiene que ausentarse de la empresa, es un trabajo al que está acostumbrado pues Kin en ocasiones tiene que ir a convenciones y presentaciones, y él dirige el timón de la multinacional.

La casa familiar de la familia Won se encuentra en la isla de Jeju, es pequeña y acogedora, nada que ver con la mansión que posee nuestro protagonista. Su abuelo vive allí en la casa que perteneció a sus ancestros desde días inmemoriales. Tiene una pequeña huertita donde cultiva de todo y también una colección de árboles enanos a los que mima diariamente. El abuelo manda llamar a su nieto para hablar con él pues se da cuenta que el final se acerca y quiere despedirse de la luz de sus ojos.

Kin, desde que nació, siempre fue un niño muy alegre, feliz y deportista. Practicó *crossfit* desde temprana edad, al igual que artes marciales, y también es un experto bailarín, por obligación

de su abuelo, quien siempre le decía: «un buen marido tiene que saber bailar muy bien, ya que a ellas les gusta seguir la música abrazadas en unos fuertes y habilidosos brazos». Por ello, cuando Kin estudió en el extranjero, acudía una vez por semana a bailes de salón, e incluso compitió en una ocasión para darle el gusto a su abuelo y para que dejara de una vez por todas de pagarle las clases.

El abuelo de Kin se da cuenta de que su querido nieto tiene un gran peso sobre sus hombros desde que a su padre le dio el infarto, por este motivo sabe que su carácter se ha vuelto áspero y sobrio, lo que complica su vida amorosa.

El día 5 de mayo, Kin llega a la casa de su abuelo vestido con un chándal de color gris y tenis. Su abuelo, al verlo entrar en su habitación, intenta incorporarse, pero sus fuerzas no lo acompañan. Kin se sienta a su lado, lo abraza, lo besa y, pasándole las manos por el rostro, le recuerda lo mucho que lo quiere y lo ha echado de menos. Desde que su abuela murió, las visitas se han vuelto menos frecuentes. A pesar de su apariencia fría, Kin es muy sentimental; es de los que lloran en silencio.

El abuelo Won le dice que necesita hablar seriamente con él, pero Kin, al verlo fatigado, lo calma y le recuerda que se quedará unos días allí con él, que tendrán tiempo suficiente para hablar.

El abuelo asiente y se relaja, mientras Kin aprovecha para desempacar y comer algo.

Más tarde, después de la merienda, Kin sale a pasear por la pequeña isla de Jeju. Allí ha sido muy feliz cuando era niño, pasando los veranos con sus abuelos. Coge su bicicleta y recorre el paseo junto a la playa, recuerda cómo solía salir a pescar con el pequeño bote de su abuelo.

También se le viene a la mente aquella vez que su abuela se le antojó comer pollo y él le ayudó a sacrificarlo. Sin embargo, el pollo era tan grande que, después de decapitarlo, el animal salió corriendo sin cabeza por toda la huerta, poniendo a Kin y a la abuela perdidos de sangre. Parecía más una matanza que la preparación de una comida. Estos recuerdos le parecen de hace mil años, completamente distintos a su vida actual. Todos en el pueblo lo conocen bien, ya que de niño era muy travieso. En una ocasión, él y el hijo de su vecina decidieron que las sábanas recién lavadas de la señora Uk eran una diana perfecta para lanzar bolas de barro. Como castigo, tuvieron que lavar toda la ropa de las dos casas durante una semana entera, aunque ambos lo pasaron genial, pues su técnica de lavado consistía en echar toda la ropa en el pilón y saltar encima de ella. Acababan mojados y felices. Mientras pedaleaba, recuerdos como estos venían a su mente por cada rincón de la isla.

Al día siguiente, su abuelo lo llama y le pide que se siente a su lado, pues quiere contarle algo importante. Con mucha ternura, Kin lo incorpora con unas almohadas y se sienta a su lado, sujetándole las manos:

—Querido nieto, tú sabes que desde que naciste fuiste la luz de mis ojos, y que no hay nada ni nadie más importante en mi vida que tú, lo sabes ¿verdad?

—Si, abuelito, lo sé. Siempre sentí tu cariño, y quiero que sepas que tú para mí también eres lo más importante de mi vida —responde Kin con un nudo en la garganta.

—Por eso te hice venir. Ahora vas a quedarte solo con tus padres. Yo voy a partir pronto, y quiero que me prometas una cosa —dice el abuelo Won, ya fatigado.

—¡Abuelo no digas esas cosas! —responde Kin con lágrimas en los ojos.

—Quiero que busques a una mujer que llene tu vida como la abuela llenó la mía. Una compañera que te haga reír y te acompañe hasta el final de tus días. Ya no eres un niño, no puedes perder más tiempo.

—¡Abuelo! Eso no es fácil. ¿Sabes lo que me estás pidiendo? —Le reprocha Kin.

—Sí, querido nieto, lo sé. Tienes que prometerme que lo pondrás como tu prioridad de aquí en adelante.

El abuelo intentó incorporarse para señalar con la mano hacia la cómoda que está a los pies de su cama, pero las fuerzas no le acompañaron. Sigue hablando.

—Ve y coge esa vasija blanca que está en la cómoda, y tráela por favor. —Kin se levanta de la cama y va hasta donde su abuelo le indica. Allí toma una vasija antigua con un nombre escrito «Miso». Se la pone en el regazo y vuelve a sentarse pacientemente a su lado para escuchar lo que su abuelo tiene que contarle.

El anciano destapa la vasija y, dentro, hay cenizas, un cuadro antiguo y una carta.

—Kin, querido. Estas son las cenizas de una de las fundadoras de la familia Won. Estuvo casada con el ancestro que ves en el cuadro, pero no hay nada en los registros sobre ellos. Quiero que investigues quiénes son la mujer y la niña que están en el cuadro. No parecen coreanos. También toma esta carta dirigida a su familia, quizás te ayude. Quiero que, si es posible, encuentres a nuestro ancestro y lo traigas de vuelta a casa para que descanse junto a ella.

—¡Abuelo! ¿Cómo puedo hacer tal cosa? Si tú no sabes quienes son menos podré averiguarlo yo. ¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo? —dice Kin angustiado.

—Sí, Kin, lo sé, por eso te lo pido. Sé que tú serás capaz de resolver este enigma que siempre me intrigó, y quiero que nuestra Miso descanse en paz. Anda, por favor, promételo. —Le implora el abuelo, apretándole las manos.

—Vale, abuelo. Haré lo que pueda. Quédate tranquilo. Tu nieto encontrará la paz para Miso. No te fatigues más, no ves que estás débil —dice Kin, resignado.

Esa noche, Kin apenas duerme, pensando en lo que había hablado con su abuelo horas antes. Su preocupación es grande, no tiene ni idea de por dónde empezar a investigar la encomienda de su abuelo. Las fijaciones del anciano le parecen absurdas, no da crédito a su petición. Mientras intenta dormirse, recuerda otra petición de antaño, y que en su momento le pareció igual de marciana: hace tiempo le pidió que asistiera a una fiesta de solteras del pueblo para encontrar novia, al final resultó ser una reunión de abuelas, donde él era el más joven por muchísima diferencia. Tarda en conciliar el sueño. De madrugada, se despierta con una pesadilla terrible, sobresaltado y sudando, nunca duerme demasiado bien, pero intenta que las preocupaciones no le afecten. Esa noche, sin embargo, se levanta sintiéndose raro. Va a la nevera a beber un poco de agua y decide abrir la puerta de la habitación de su abuelo para comprobar que sigue durmiendo. Al verlo, se da cuenta que respira con dificultad, rápidamente despierta a la señora Chen, quién ha cuidado de su abuelo durante los últimos años.

Los dos se colocan uno a cada lado de la cama, y Kin le pregunta a la señora Chen: